

metidas á su dominio. Para cortar, pues, estas cavilaciones, dice Avito á Clodoveo: «De todo el pasado de tu antigua estirpe conserva únicamente tu nobleza de sangre; pero desde hoy todo lo demás que pueda aumentar el orgullo de linaje de tus descendientes ha de arrancar únicamente de tí mismo, porque en este mundo (material) imperas (entre los tuyos y demás sometidos) como tus mayores; mas para tus descendientes eres tú, en adelante, la norma en el reino de Dios (en la parte sobrehumana), y su derecho y autoridad divinos ha de estar en la fe católica de su antecesor Clodoveo.»

Felicitase despues Avito, como el Papa en su carta, de que el Occidente cuente ya en la persona de Clodoveo con un soberano católico romano y de que el rey franco, tan temido de los pueblos, haya inclinado la cabeza ante los servidores de la Iglesia; y á renglon seguido añade que esta humildad recibirá su recompensa, porque si hasta entonces la suerte (ciega) había conducido las armas del rey á la victoria, lo haría en adelante el poder misterioso del bautismo. Con esto el obispo dió de lleno en el blanco, porque la ambicion insaciable de Clodoveo anhelaba sobre todo una fuerza mágica para encadenar la victoria á sus armas, un dios mas fuerte que el arriano y que las divinidades paganas, que le habían abandonado en la batalla contra los alemanes. No quiero repetir, dice el obispo, las amonestaciones á la humildad y benignidad, porque el rey ya practicaba estas virtudes antes de que nadie pudiese exigir las (por ser entonces todavía pagano). Quizás aludia Avito á la benignidad con que Clodoveo trató á los alemanes, porque no sacó todas las ventajas que pudo de su victoria; pero si alguna benignidad mostró fué por temor de tener que habérselas con Teodorico.

Al final de su carta desarrolla el sagaz obispo ante la vista del rey franco la grandiosa perspectiva de la conversion y simultánea sumision á su poder de *todos los pueblos germánicos sumidos todavía en el paganismo*. «Pronto, — dice, — habrá Dios hecho suyo todo el pueblo franco; por eso no tardes, oh rey, en hacer partícipes de tu fe á los pueblos que todavía viven en el paganismo y no se hallan contagiados del arrianismo.» Con esto queria excitar á Clodoveo á apresurarse á conquistar con la propaganda católica los pueblos germánicos gentiles que vivian al otro lado del Rhin, antes de que los conquistase el arrianismo, y á enviar á este fin desde luego misioneros francos. Daba ya por hecha como cosa indudable la conversion de todos los francos, «porque así, — dice, — te reconocerán por jefe suyo los pueblos antes paganos y convertidos por tí, y finalmente se someterán á tu dominio y formarán con sus territorios parte de tus Estados (1). Así resplandecerás á fuer de sol comun, mas brillante para los que están mas cerca de tí (para los francos y latinos, tus súbditos inmediatos) y por tu corona y dominio á los mas distantes. Así participarán todos de tus triunfos, y de tu buena suerte participará tambien la Iglesia; siempre que tú combates y vences, vence tambien ella.»

¡Qué claro se manifiesta en esta carta del obispo Avito el espíritu conquistador, insaciable, pero tambien admirable en su grandeza! Digna de nota es tambien esta carta del obispo de Vienne por ser el primer documento histórico auténtico del método de catolizar á los germanos paganos por medios materiales coercitivos, aplicados por la fuerza armada del rey de los francos. Segun veremos tambien plenamente confirmado al hablar de San Bonifacio, el apóstol de los alemanes, los varones eclesiásticos que realizaron esta conversion de Alemania estaban convencidos de que era una ilusion creer que para convertir bastaba la excelencia de la doctrina cris-

(1) Tres años despues, en 499, dijo el mismo obispo una cosa parecida al rey Gundobaldo de Borgoña.

tiana, excelencia y doctrina que aquellos pueblos paganos ó convertidos no eran capaces de comprender. Así lo evidencian los documentos históricos contra todo lo que hipócritamente se dijo despues y se empeñan muchos en hacer creer todavía.

Volviendo á Clodoveo, es indudable que ganó mucho con su conversion, porque tuvo el apoyo y auxilio de la Iglesia y de sus servidores, segun Gregorio de Tours, Niceto de Tréveris y el mismo Clodoveo atestiguan. Los primeros dicen expresamente en una carta dirigida por el año 560 á Clodovinta, nieta de Clodoveo, que el catolicismo de su abuelo le facilitó las sorprendentes victorias sobre los Estados herejes de la Galia; y Clodoveo declaró (2) que por sus buenas relaciones con los siervos de Dios (los obispos) esperaba merecer la gloria eterna y aumentar tambien la terrenal y el poder de su imperio.

Tan grande fué la importancia que la Iglesia atribuyó á la conversion de Clodoveo y tanta la pompa que en el acto del bautizo desplegó, que habiéndose tenido cuidado de avisar é invitar á todo el alto clero y de excitar la curiosidad de toda la Galia, acudieron no solamente los obispos del territorio de Clodoveo, sino tambien los de otras partes de la Galia, á pesar de las fatigas de un viaje de invierno, porque la solemnidad tuvo efecto en Reims por la fiesta de Navidad; y por lo mismo no es extraño que el cielo mismo se dignara hacer un milagro enviando, segun cuenta la leyenda, una paloma celeste, acaso el mismo Espíritu Santo, con la sagrada ampolla y el óleo de consagracion.

Una vez bautizado Clodoveo, por los motivos ya dichos, el clero con su habilidad y celo nunca desmentidos procuró estrechar mas y mas el vínculo con que se había dejado ligar el bárbaro. El rey y el clero, muy léjos de ser hipócritas, procedieron con la mayor ingenuidad: el bárbaro conoció que el Dios de los católicos le convenia mas, y el clero, excitando la codicia y facilitando el logro de la ambicion del rey creía cumplir su obligacion para con la Iglesia, que desde que había llegado á ser religion de Estado del imperio romano comprendia instintivamente su destino de ser dominadora y luego la señora absoluta de los pueblos y de los reyes de la tierra.

Otra carta del obispo Remigio se ha conservado, en la cual expresa á Clodoveo su sentimiento por la muerte de su hermana Albofleda, que murió al poco tiempo de ser bautizada. Extiéndese en esta carta el santo varon hablando de las delicias que aguardan al alma inmortal del cristiano en la vida eterna, y al mismo tiempo se ofrece si el rey lo desea á trasladarse de Reims á Soissons, no obstante hallarse en lo mas crudo del invierno.

El recién convertido escogió para primeras víctimas de su codicia á los reyes y reino de Borgoña, patria de su esposa. Para esto le dió el deseado pretexto la discordia entre los dos reyes hermanos Gundobado y Godegisel, de los cuales trataremos con mas pormenor en la historia de los borgoñones. El segundo y el mas débil de los dos se inclinaba al catolicismo, y si bien no consta que hubiese abjurado el arrianismo que profesaba, puede suponerse así porque fundó por el año 500 el convento católico de San Pedro en Lyon. En cambio, cuenta San Gregorio de Tours (3) que perseguido despues por su hermano, se refugió en una iglesia arriana, donde fué degollado, juntamente con el obispo arriano, en

(2) En la constitucion del monasterio de Reims: *Præceptum pro monasterio Reomensi*, que se halla en la obra de Mosen Martin Bouquet: *Scriptores rerum Gallicarum et Francicarum*, empezada á publicar en Paris en el año 1738, tomo IV, pág. 615. Solo el primero y segundo tomos son debidos á la pluma de Bouquet.

(3) *Historia Francorum*.

justo castigo de su arrianismo. A este Godegisel aprestóse, pues, Clodoveo á socorrer contra su hermano, el mas poderoso de los dos y además hereje arriano, naturalmente con la esperanza de quedarse como recompensa y botin con lo que pudiese del territorio borgoño.

Las dos huestes se encontraron en el año 500 junto al rio Ouche, cerca de Dijon; Gundobado quedó derrotado y se retiró ante los aliados hasta Aviñon, en el extremo meridional de sus dominios, dejando que su hermano se apoderara de Lyon y Vienne; pero de repente volvió á presentarse ante esta última ciudad y la tomó. En esta ocasion fué muerto su hermano, y un pequeño cuerpo auxiliar de francos fué hecho prisionero y enviado por Gundobado al rey visigodo Alarico II, evidentemente como prueba de buena amistad. Hay que suponer que Clodoveo había regresado con el grueso de su gente á su país, y San Gregorio dice, si bien esto tiene todos los visos de cuento, que antes de retirarse había pactado la paz en cambio de una fuerte contribucion. De todos modos, á los pocos años el artero Clodoveo supo persuadir al rey de Borgoña que atacase á su buen amigo el rey visigodo Alarico: estupidez que no se explica de parte de Gundobado, que por bárbaro que fuese, hubiera debido comprender la suerte que le preparaba su nuevo aliado, el codicioso y falaz Clodoveo. Mas cuenta le habría tenido ayudar al gran Teodorico en sus esfuerzos para reunir bajo su protectorado en una alianza defensiva á todos los reyes y pueblos germánicos del Mediodía de Francia contra el insaciable merovingio.

Entre los años 501 y 506 tuvo efecto cerca de Auxerre la entrevista de Clodoveo con Gundobado, en la cual fraguaron probablemente el ataque contra Alarico. Este para desviar el peligro solicitó tambien una entrevista con el rey franco, mientras en el mismo sentido amistoso hizo el rey Teodorico algunas tentativas, que no tuvieron el éxito deseado. En 506 se llevó á cabo la campaña meditada y preparada en Auxerre, campaña que hemos descrito en la primera parte de esta obra y en la cual la intervencion armada, si bien tardía, de Teodorico hizo retroceder á los francos y borgoñones aliados en medio de su carrera victoriosa, y en su consecuencia los visigodos conservaron una pequeña parte de la Francia meridional.

Esta campaña fué mirada por la Iglesia de Roma como una verdadera cruzada contra los germanos arrianos, por cuya razon contaba Clodoveo con el apoyo de todos los católicos, eclesiásticos y seglares de la Galia, y aun de los que vivian en territorio visigodo. Además, se cuenta que los santos no escasearon sus milagros en favor del rey franco, «porque, segun San Gregorio, muchos, en todos los países de la Galia ardian en deseos de tener por amos á los francos (1),» y en el prólogo del libro tercero de su historia de los francos dice: «Porque Clodoveo creía en la Trinidad, al contrario de los arrianos, pudo vencer á estos herejes con el auxilio de la misma Trinidad y extender su dominio sobre toda la Galia, mientras Alarico que la negaba perdió su imperio, su pueblo y lo que es mas la salvacion eterna; porque si bien los creyentes de la religion verdadera pierdan alguna otra vez, por efecto de las arterías del protervo espíritu, el Señor les restituye centuplicado lo perdido; pero los herejes nada ganan, antes bien pierden lo que tienen, como lo prueba el fin de Godegisel, Gundobado y Godomaro.» Esta manera de mirar la historia era la del cándido historiador citado, y la comprendió con mucha facilidad Clodoveo, el cual en ella veía una autorizacion para cometer todas las iniquidades que su codicia feroz le inspiraba; pero respecto de Gundobado se equivocó San Grego-

(1) *Historia Francorum*, libro segundo.

rio, porque reinó muchos años, sus territorios florecieron y su hijo le sucedió en el trono. En cuanto á Clodoveo, tenia razon el santo prelado, porque la piadosa guerra contra Alarico aumentó sus dominios con toda la Aquitania, la Auvernia, todo el país al Norte del Garona y al Sur de este rio el país de Tolosa, la Gascuña y la Guiena.

En las guerras que hasta entonces había tenido Clodoveo con los romanos, los turingios (2), alemanes y godos, su hueste se componia de los hombres de armas de las pequeñas tribus de francos salios que habían reconocido por jefe á su padre, y de las bandas que sucesivamente se le habían ido agregando, principalmente despues de su victoria sobre Siagrius. Otros jefes de tribus francas debieron de juntarse con él temporalmente, atraídos por la codicia del botin, como Ragnacaro en la campaña contra Siagrius, y Cloderico, hijo de Sigiberto, contra los godos con una banda de 506 guerreros. Estos son los jefes que el historiador de Tours menciona; pero no cita ni á Jararico ni á Sigiberto de Colonia en la guerra contra los alemanes. A todos estos y á los demás jefes y reyezuelos de tribus francas, ripuarias y sálicas, aliadas ó no aliadas, resolvió Clodoveo exterminar para ser rey único de los francos, apenas se vió con fuerzas para ello; plan digno del bárbaro, cuya índole feroz, traidora, incapaz de todo sentimiento noble y generoso, no habían podido cambiar ni suavizar el bautizo ni el óleo sacro de la consagracion. Todas las iniquidades que no había tenido fuerzas para cometer antes de su bautizo, las cometió despues; y sus francos aprobaron todas sus traiciones, muertes y demás atrocidades, como verdaderos bárbaros que eran y continuaron siendo á pesar de haber recibido el bautismo. Por lo demás, otro tanto hicieron muchos cristianos poderosos, latinos y germanos, civilizados y bárbaros, sirviéndose del cristianismo para satisfacer sus pasiones y su ambicion desenfrenada.

El carácter sin idea de moralidad de Clodoveo era el de todos los francos, y en general de todos los germanos; pero Clodoveo prosperó porque las condiciones de la Galia y de la civilizacion latina tendian á acabar con la independencia de las innumerables tribus bárbaras y con sus depredaciones y guerras. La Iglesia vió en Clodoveo el instrumento para realizar esta transformacion, y el haberla llevado á cabo sin consideracion ni escrúpulos dió á Clodoveo su celebridad en la historia.

Verdad es que para reunir todas las tribus francas y sus territorios bajo su dominio se valió de medios infucos, del asesinato alevoso, del engaño mas vil, excitando al hijo al parricidio y haciendo despues asesinar á traicion al hijo, todo esto sin mirar si las víctimas eran de su raza y hasta parientes, consiguiendo así su objeto sin gastar nada de su tesoro ni de su fuerza armada, y lo que es mas, sin perder nada á los ojos de sus francos ni de las tribus que incorporó á su reino; pero todo esto se explica teniendo presente que tanto él como los demás jefes de tribu y en general todos los francos eran entonces todavía completamente salvajes con todas las cualidades de la fiera, la fuerza física, la astucia, la traicion, la paciencia en las asechanzas, la ferocidad y la ausencia completa de sentimientos morales, humanos y nobles.

Véase ahora cómo refiere San Gregorio de Tours estos sucesos y no hay motivo para dudar de la veracidad de su relacion: «Clodoveo, despues de su regreso á Tours, concluida que fué la guerra contra los godos (en el Mediodía de Francia) trasladó su residencia (hasta entonces Soissons) á Paris, y estando allí envió á decir secretamente al hijo del rey Sigiberto (pariente suyo que residia en Colonia): «Tu padre es

(2) No los turingios de Alemania sino los que se habían establecido en Francia.

ya muy viejo y cojea por tener un pié paralizado. Si llegara á morir, contando con nuestra amistad, heredarías sus dominios, que te tocan de derecho.» El hijo Cloderico (que habia combatido al lado de Clodoveo con su contingente en la batalla de Voulon), dominado por la codicia, trató de matar á su padre, y cuando éste salió de Colonia y pasó el Rhin con el objeto de hacer una correría por la selva bucónica (quizás en el territorio de Fulda, en el gran ducado de Hesse), envió asesinos que le mataron mientras dormía la siesta en su tienda, para poder tomar él posesion de su reino; pero Dios le habia sentenciado á caer en la misma fosa que tan traidoramente habia abierto para su padre.

»Envío mensajeros al rey Clodoveo para participarle la muerte de su padre y decirle: «Mi padre ha muerto, y yo tengo en mi poder su reino y sus tesoros. Envía tus mensajeros y te remitiré gustoso lo que de los tesoros de mi padre fuere de tu agrado.» Clodoveo le contestó: «Agradezco tu buena voluntad; te suplico que enseñes todo á mi gente cuando llegue, pero tú te quedarás con todo.» Cuando llegaron los mensajeros enseñóles Cloderico el tesoro de su padre, y mientras ellos contemplaban diferentes objetos les dijo: «En aquella arca solia mi padre guardar las monedas de oro.» «Mete la mano, — le dijeron, — para sacarlo todo;» y al hacerlo Cloderico, inclinando mucho el cuerpo, uno de ellos levantó el brazo y le hundió el cráneo con su hacha de guerra. Así tocó al indigno hijo la suerte que habia preparado á su padre.

»Tan pronto como Clodoveo supo lo sucedido, y que padre é hijo habian muerto, se apresuró á presentarse allí (seria en Colonia), convocó á todo el pueblo y le dijo: «Oid lo que ha sucedido. Cuando yo navegaba por el Escalda no cesó Cloderico de hacer creer á su padre que yo queria matarle, y cuando el padre huyó (de mí) pasando por la selva bucónica, su hijo envió tras él asesinos que le mataron; pero él mismo murió á manos de un desconocido al mirar los tesoros de su padre. Yo de todo esto soy inocente, porque ¿cómo podria verter la sangre de mis parientes? ¡Esto seria una iniquidad! Pero ya que la catástrofe ha sucedido, venid á mí, si os agrada, y vivid en adelante bajo mi proteccion.» Cuando esto oyeron los circunstantes entrecorcaron sus escudos en señal de aprobacion y reconocieron por rey á Clodoveo, el cual de esta manera se apoderó del reino y de los tesoros de Sigiberto y sometió aquel pueblo á su dominio. Así puso Dios unos tras otros á todos los enemigos de Clodoveo bajo el dominio de éste, extendiendo su imperio en recompensa de su conducta leal y de haber hecho lo que era agradable á Dios.»

No hay que tomar al pié de la letra este último y singular pasaje del bondadoso y piadoso obispo. El santo varon estaba muy léjos de aprobar semejantes iniquidades y mucho menos de contarlas entre los actos agradables á Dios; pero desde el punto de vista moral y político de aquella época y prescindiendo de la moralidad personal quiso decir que Clodoveo, bautizado y adalid del catolicismo contra paganos y herejes, y fundador de iglesias, era por lo mismo agradable á Dios y preferido por El á los que no pertenecian á la Iglesia y la perseguian ó contrariaban. Lo que Dios (y la Iglesia), ante todo, querian era el triunfo de la fe y de la doctrina cristianas, para cuyo triunfo fué elegido Clodoveo como instrumento, al cual si cumplia se le perdonarian sus crímenes particulares, que San Gregorio reconoce tambien por tales. Esta era exactamente la expresion de la moral de Gregorio en aquel tiempo, pero á costa de la moral de Dios, tan sorprendentemente representada por la Iglesia.

Volvamos ahora al relato del historiador turenés:

«Despues de esto volvióse Clodoveo contra el rey Carari-

co (1). Cuando Clodoveo estuvo en guerra con Siagrio, llamó á Cararico á su auxilio; pero éste no quiso adherirse á ninguno de los dos, para tomar despues de la lucha el partido del vencedor. Por esta razon Clodoveo, que le guardaba rencor, marchó contra él. (Clodoveo, sin embargo, mató á Cloderico que le habia auxiliado contra los godos aliados, y á Ragnarico, que le habia auxiliado contra Siagrio; á todos mató este excelente varon, sin rencor.) Apoderóse de él y de su hijo á traicion, hízoles cortar la cabellera larga, distintivo de la raza real merovingia, rapar la cabeza y tomar la carrera eclesiástica: el padre fué nombrado presbítero y el hijo diácono. Al primero dicen que arrancó lamentos y lágrimas la degradacion, y el hijo exclamó: «Este follaje (la cabellera) se ha cortado de una rama verde, pero volverá á brotar y crecer porque la madera conserva su savia; ¡plegue á Dios que lo que él tarde en crecer sea lo que tarde en morir aquel que lo ha hecho cortar!» Estas palabras llegaron á oídos de Clodoveo, á quien se dijo que le habian amenazado con dejar crecer sus cabellos y matarle á él; entonces mandó cortar la cabeza á los dos, y una vez muertos se apropió su territorio, su tesoro y su pueblo.»

A excepcion de Cloderico, seducido por el mismo Clodoveo, ninguna de las víctimas de este último habia merecido su desgraciada suerte; pero no podia decirse lo mismo del rey Ragnacaro, que residia en Cambrai, porque era odiado de su mismo pueblo por sus vicios, y apenas habia pariente suyo á quien no hubiera deshonrado con sus excesos crapulosos. Imitábale en todo su privado Farro; la gula de ambos indignaba á los que estaban cerca del rey, el cual solia decir cuando le llevaban algun manjar succulento ú otro regalo: «Aquí hay justo para mí y para Farro,» y no daba nada á los demás. Así, costó poco á Clodoveo sobornar á los guerreros de Ragnacaro é inducirles á que le llamasen para librarlos de su jefe. Dióles ajorcas y otros adornos, diciéndoles que eran de oro, pero solo eran de bronce dorado imitados con mucho arte. Cuando se acercó Clodoveo con su hueste, los espías enviados por Ragnacaro pará saber la fuerza del enemigo le contestaron: «Hay bastante fuerza para tí y para Farro.» Ragnacaro fué, pues, derrotado y quiso huir; pero los suyos se apoderaron de él y de su hermano Ricario, y atándole las manos á la espalda les condujeron á la presencia de Clodoveo, el cual al verlos dijo á Ragnacaro: «¿Por qué has envilecido nuestra clase dejándote atar? Mejor habria sido morir,» y diciendo esto levantó su hacha de guerra y se la hundió en el cráneo. Despues, volviéndose á Ricario, le dijo: «Si tú le hubieses debidamente socorrido no le habrian atado,» y tambien le mató con su hacha. Los traidores que habian vendido á su jefe descubrieron pronto que el oro dado por Clodoveo era falso; pero él cuando se lo dijeron contestó: «Es justo que reciba oro falso el que con engaño y premeditacion conduce á su amo á la muerte. Contentaos con que os deje la vida en lugar de haceros pagar la muerte de vuestro amo con el tormento y la muerte.» Al oír esto pidieron perdon aterrorizados y aseguraron que se darian por muy contentos si les dejaba la vida.

«Estos reyes eran sus parientes (de Clodoveo); su hermano Rignomero fué tambien muerto por órden de Clodoveo cerca de Le Mans, y cuando todos estuvieron muertos, tomó sus territorios y tesoros; pero además mató á muchos otros reyes y parientes próximos, de los cuales recelaba que pudiesen arrebatarle la corona, y extendió su dominio sobre toda la Galia (2). No obstante, se cuenta que un dia dijo en una

(1) O Jararico, probablemente jefe de una tribu de francos salios, que Giesebrecht supone vivian en el distrito de Therouenne, en el departamento actual de Pas-de-Calais.

(2) Menos la Borgoña y los territorios de los ostrogodos y visigodos.

reunion de los suyos, hablando de los parientes que habia asesinado: «¡Ay de mí, que vivo como un extraño entre extraños, sin tener parientes que pudiesen auxiliarme si algun dia me sobreviniera una desgracia!» Esto empero, no lo dijo por sentimiento que le causara la muerte de aquellos, sino con la intencion mas pérfida, para descubrir todavía á algun otro pariente para matarlo.»

La ingenuidad con que San Gregorio de Tours refiere estos hechos inicuos de Clodoveo, escribiendo por el año 594, demuestra que tales infamias eran entonces tan comunes entre los francos, que hasta las miraba el pueblo como cosa chistosa y muy de su agrado, haciendo de ellas una aureola legendaria y de su autor afortunado un héroe nacional. Esta obra de unificación por medio de asesinatos y toda clase de perfidias, ocupó los últimos años de Clodoveo, porque San Gregorio refiere estos hechos despues de la guerra contra los godos, y luego relata inmediatamente la muerte del rey merovingio.

Ocupado siempre en guerras y asesinatos, aun prescindiendo de su rudeza y barbarie, no podia esperarse de Clodoveo ninguna obra pacífica y de inteligencia como exigia el gobierno interior de sus Estados; pero se sabe con certeza que ordenó, por lo menos, la recopilacion de los usos considerados como leyes de los francos sálicos. Esta recopilacion, probablemente aconsejada por sus directores eclesiásticos y encargada á ellos, completó y modificó notablemente alguna coleccion reunida con anterioridad, en cuanto lo exigian el nuevo estado de cosas creado por la adopcion de la religion católica, las consiguientes relaciones con la Iglesia y la necesidad de poner la jurisprudencia de los francos en armonía con la de las poblaciones de los territorios sometidos, á fin de establecer un gobierno y una administracion ordenados. Esta necesidad que se imponia á la fuerza, en primer lugar la del arreglo con la Iglesia, que tenia interés en asegurar, ordenar y extender su conquista, hicieron ineludible la cooperacion de los obispos, los cuales consiguieron que el rey convocara en el año 511 en Orleans el primer concilio franco, en el cual tomaron parte 32 obispos de su imperio.

A la verdad, la *Ley sálica*, recopilada por órden de Clodoveo, apenas trata de estas relaciones, pero es muy probable que estuviesen determinadas por capitulaciones especiales que se han perdido.

El mismo año del concilio, que firmó sus resoluciones en 11 de julio de 511, fué el de la muerte de Clodoveo, que fué sepultado el 27 de noviembre en la iglesia de los Apóstoles, fundada por él y por su esposa.

CAPÍTULO III

LOS SUCEORES DE CLODOVEO HASTA LA MUERTE DE CLOTARIO I

El imperio de Clodoveo fué repartido entre sus cuatro hijos Teuderico, Clodomiro, Childebarto y Clotario, segun la costumbre establecida entre los francos sálicos. El no haber procurado en vida el fundador del primer imperio franco conservar en un solo imperio lo que con tanta sangre derramada en guerras y asesinatos habia reunido, trasmitiéndolo á un solo hijo con el asentimiento de todos sus guerreros francos libres reunidos en una de sus asambleas anuales, es la mejor prueba de que el franco Clodoveo, indómito, feroz y codicioso, que nunca tuvo plan fijo, tampoco llegó á concebir una idea política que modificara la antigua usanza germánica relativa al reparto de la herencia. El ejemplo de Genserico, que treinta años antes habia hecho reconocer á su hijo por jefe único de los vándalos, prueba que los jefes germáni-

cos no eran tan obtusos que no alcanzaran semejante concepcion política; pero Clodoveo no debió de querer anular el derecho á la herencia de todos los hijos, porque por una parte no le sorprendió la muerte, si bien no tenia mas de 45 años cuando murió, y por otra eran sus hijos entonces ya adultos, lo cual le debia recordar constantemente, si hubiese querido satisfacerla, la necesidad de apartarse de la usanza germánica de sucesion. Acaso creyó que la division de sus conquistas y usurpaciones no impediria la union y la existencia de un gran imperio franco, especialmente tocante á la defensa comun contra vecinos y otros enemigos extranjeros.

Esta division de la herencia se repitió en el imperio franco hasta mediados del siglo ix; y atendido el estado de rudeza de los francos invasores, vencedores y dueños de vastísimos territorios habitados por una poblacion muchísimo mas culta é inteligente, habria sido imposible para un solo gobernante la conservacion del dominio y mucho mas la de su administracion aunque bárbara, mientras por otra parte la union de los diferentes herederos bárbaros, si en principio existió en la mente de Clodoveo y de sus sucesores, resultó como no podia menos de resultar, una pura ilusion. Si alguna union hubo mas adelante contra invasores formidables, como los árabes, los normandos y los hunos, la igualdad de derecho entre todos los descendientes varones de la familia de Clodoveo fué causa evidente y permanente de guerras fratricidas interminables.

La igualdad del derecho de herencia exigia la igualdad de la reparticion de bienes, acaso con alguna preferencia á favor del primogénito (1). Esto, muy fácil de cumplir cuando el padre era simplemente un hombre libre, jefe de una tribu ó capitán de banda, resultó complicadísimo tratándose de dominios habitados por poblaciones numerosísimas de otra raza, civilizacion é historia, formando ya nacion, con sus leyes y administracion ordenada desde siglos, y mas ó menos romanizadas segun las comarcas. La division de una vasta herencia de estas condiciones entre tres ó cuatro derecho-habientes encerraba ya por sí sola un peligro inmenso para la unidad del imperio, lo cual indujo al parecer á dar á cada heredero, no un territorio de carácter unido, sino territorios de diferentes condiciones y separados unos de otros para evitar quejas y disputas; pero siempre se impuso forzosamente, al cabo de mas ó menos tiempo, la indivisibilidad de los grupos de carácter determinado, y así se formaron grupos principales que condujeron á la desmembracion del vasto imperio franco en cuatro y despues en tres grandes agrupaciones políticas independientes: la Italia, la Francia, la Borgoña y la Alemania.

Volviendo á la division de la herencia de Clodoveo, hecha á la muerte de éste en el año 511, se sabe por San Gregorio de Tours que Teuderico (2), que era el primogénito de Clodoveo sin que su madre hubiese estado unida á su padre en matrimonio, lo cual no mermaba en nada sus derechos de sucesion, recibió todos los territorios de su padre situados en la orilla derecha del Rhin; el de los francos ripuarios y quizás el de los francos sálicos hasta la Champaña inclusive y además otro gran territorio en el Mediodía, á saber: toda la Aquitania oriental, la Rovergue, la Auvernia, Quercy, el Albigois, con las ciudades de Cahors, Rhodéz, Alby, Clermont-Ferrand y el Gavandau. Su capital y residencia era Metz. Reims, Toul, Verdun y Chalons sobre el Marne eran las

(1) Atendida la vaguedad del matrimonio entre los germanos de entonces, debe entenderse primogénito del padre, cualquiera que fuese la madre.

(2) Este nombre *Teuderico* ó Teodorico, etc., significaba en los antiguos dialectos germánicos: dueño de gente (de tribu ó de pueblos), y fué corrompido con el tiempo en *Dietrich*.